

Año 1976

Primero tras la muerte del “Caudillo”.

Madrid. Barrio de Tetuán.

Un domingo cualquiera de principios de año, de madrugada.

El sonido de la llave porfiando en la cerradura la sobresaltó, precipitando los latidos de su corazón.

No dormía. Esa noche, nadie dormía en aquella casa.

Enseguida, el portazo, las llaves estrellándose contra el suelo, las blasfemias, el porrazo al pulsador y la luz del pasillo asomando, hiriente y amenazadora, bajo las puertas de ambos dormitorios, preludio, todo ello, del macabro ritual de insultos, golpes y sollozos.

Mientras en la habitación principal se consumaba la cobarde agresión, en la contigua, el rostro de la aterrada anciana reflejó un gesto de extremo sufrimiento y, al tiempo que sus arrugadas manos se aferraban a la sábana y sus dientes desgastados mordían convulsivamente y con fiera el embozo, su mente invocaba a Dios y al diablo para que fulminaran a aquel miserable en el que se había convertido su yerno.

Pero no había lágrimas en sus hundidos ojos, sí mucho dolor y rabia, y espantosa angustia, y amargura infinita.



Viernes, 2 de abril.
Por la tarde-noche.

La discoteca estaba en su apogeo.

Cuarenta minutos faltaban para las ocho de la tarde cuando las dos amigas aparecieron. Algunos del grupo, todos entre los 18 y los 20 años, esperaban ya en su “reservado” y hacia allí se dirigieron ambas.

Entre los chicos había uno nuevo.

—No veo a José —le dijo Marta a María al oído según se acercaban.

—Yo tampoco.

José era el chico que le gustaba a María y con el que había empezado a flirtear.

Enseguida, el cordial recibimiento y la presentación del amigo desconocido.

—No veo a José —casi gritó Marta para hacerse oír y entender por encima del barullo. Sabía que su amiga no deseaba que los demás notaran su interés por aquel chico, por eso ella se adelantó a preguntar por él.

—Ni le verás, está de exámenes —repuso uno.

—Y cuando Don José está de exámenes no conoce a nadie —añadió otro.

—Ni presta dinero —completó un tercero con el semblante pretendidamente serio, despertando amplias sonrisas entre el resto de amigos.

—De eso ni hablar. Jodido él, jodidos todos —completó el primero. Y ante el gesto de extrañeza de las recién llegadas, añadió—. ¡Bah! Cosas nuestras.

María no sonrió ni dejó que la decepción asomara a su rostro.

La reunión pronto cogió ritmo, se llenó de bromas y risas, de copas y charlas y de algún que otro sutil coqueteo, lo que suele ocurrir cuando los amigos se encuentran y se divierten.

Y el tiempo corrió veloz.

No tardó mucho la música en acaparar la atención del grupo y María se unió de buena gana a los más bailones en la espaciosa y casi abarrotada pista. A su regreso, se dejaron caer entre risas en los asientos, cada uno donde pilló, y la joven rubia, nuevo infortunio, cayó en el hueco que quedaba entre el extremo de uno de los sofás y Juan, el nuevo, que no se había movido en todo el tiempo de allí. Un tipo grande, muy grande, de aspecto bonachón, pasado de kilos y formidable bebedor.

Ante semejante panorama, dudó en si sentarse o no y pensó en visitar los aseos con la esperanza de que al volver estuviera la zona más despejada y pudiera encontrar otra ubicación, pero tampoco quería que alguien se tomará a mal su gesto y lo desechó.

“No es mi noche”, renegó, de modo que, resignada, puso su mejor cara y se dispuso a pasar el rato lo mejor posible.

—Oye, Juan, ¿cómo es que no te conocíamos? —preguntó por preguntar.

Y casi dos horas después, sin saber cómo ni porqué, sin ser consciente del tiempo ni de la música, tampoco de la eternidad que llevaba sin darle un trago a su copa, ni siquiera de las miradas y cuchicheos de los demás, María seguía abstraída en la conversación, confiándole a aquel perfecto desconocido un secreto que, salvo a Marta, se había jurado no revelar jamás a nadie.

Y no podía ni quería parar.

Su apacible semblante, su fraterna atención, también el confortable sofá, el acogedor ambiente..., todo se confabulaba y contribuía a su desahogo. Parecía que le estuviesen masajeando el corazón. Y ni ella misma entendía lo que le estaba pasando, por

qué, ante aquel extraño, sus temores y esperanzas se revelaban tan abiertamente.

Pero su alma se sosegaba.

—“Vivís en mi casa, coméis de mi trabajo. No es mal negocio a cambio de unas hostias de vez en cuando”. Encima, se ríe de ellas el muy...

Y continuó y continuó, sin hurtar ningún detalle. Tantas veces lo había escuchado por boca de su abuela...

—Y, ¿qué pensáis hacer?

María movió la cabeza apesadumbrada.

—Denunciarle no se atreven... Tampoco nosotros —Juan puso cara de perplejidad—. Sí, podría pasar una temporada en la cárcel, pero..., ¿y luego? Ese animal es capaz de todo, hasta de matarlas. Estamos desesperados.

—Pues, entonces, puerta.

—¿Puerta?

—Sí, que le dejen y se vayan de la casa.

—Ah, ya, pero..., las tiene amenazadas. Mi abuela puede marcharse cuando quiera, eso ella lo sabe, pero no quiere ni oír hablar de dejar a su hija sola en aquel infierno. Y mi tía no se atreve: “Si te vas te mato, a ti y a toda tu sangre”. Y es muy capaz.

La rabia crispó de nuevo el rostro de la joven, que, extrañada, vio a Juan esbozar una fugaz sonrisa o, al menos, en la penumbra que les rodeaba, eso le pareció.

—Según yo lo veo, sólo queda darle un buen susto..., o cargárselo —apuntó de repente el joven.

El semblante de María reflejó el desconcierto que le producía aquella respuesta tan..., simplona. Toda la noche hablando a corazón abierto para..., ¿eso? En ese momento, todo el hechizo que la envolvía desapareció. Estaba claro que esperaba del confidente algo más de tacto, de agudeza.

—Y, ellas, a la cárcel, ¿no? ¡Pues vaya solución!

—O eso, o aguantarse.

—Qué fácil lo ves.

Juan se mordió los labios. Estaba tenso.

—Mira, bonita, los matones se terminan cuando desaparecen los cobardes.

—O sea, que ahora todos somos unos cobardes —le espetó con acritud, dominando a duras penas su genio.

—Si seguís tolerando a ese hijoputa... —repuso Juan con un encogimiento de hombros.

Aquello fue la puntilla.

—Ya, es que nos merecemos lo que nos pasa, ¿verdad? —concluyó ella cada vez más indignada ante la muda aprobación de Juan.

Toda la armonía, la comprensión y la avenencia sentidas hasta ese momento se trocaron en rabia y frustración, y como María no era de ocultar emociones, apuró su copa de un trago, se levantó bruscamente, arrambló con chaqueta y bolso y, tras dirigir al contertulio un severo gesto, salió de estampida, seguida por las pasmadas miradas del resto de amigos.

¡Qué decepción!

“¡Idiota, idiota, idiota...! ¡Cómo se te ocurre..., al primer gilipollas que te encuentras...! ¡Ahhh...! ¡Me daría de bofetadas!” se iba diciendo camino de la salida.

—¿Dónde vas? ¿Qué ha pasado? —su amiga Marta la alcanzó justo antes de que encarara las escaleras que conducían a la calle.

—¡Me voy!

—¿Me quieres decir qué ha pasado?

—¡Que soy una idiota, eso ha pasado!

—Pues vaya novedad —continuó su amiga con cara de guasa.

María la miró con enojo durante unos instantes, hasta que, poco a poco, sus labios se entreabrieron y esbozaron una leve sonrisa.

—Ya te contaré.

—De eso nada, me lo cuentas ahora mismo —le dijo guiñándola pícaramente un ojo—. Recojo el bolso y me voy contigo. Total, aquí ya hay poco que hacer.



*Sábado, 3 de abril.
De madrugada.*

Como toda persona con un mínimo de sensibilidad, Juan, que tenía kilos y kilos de todo, estaba jodido.

“¡Qué desastre!”.

Se repetía una y otra vez de regreso a casa, sin prestar atención a los vaciles de sus amigos, de sus amigos solteros, se entiende, que los “casados” tenían obligaciones que cumplir.

—Ahí hay tema Juanito.

—La tienes en el bote. Yo iría reservando en “Casa Jerónimo”.

—Lo que tienes que enseñarla es a despedirse.

Ja, ja, ja...

—Eso es que ha empezado a contarle lo de las Guerras del Peloponeso...

—Y eso...

Y más ja, ja, ja...

Juanito era uno de los puntales del grupo, uno de sus “socios fundadores”, y el hecho de que fuera la primera vez que María y Marta coincidían con él en la discoteca no significaba que fuese nuevo en aquella plaza, aunque era verdad que hacía tiempo que no la pisaba, y es que aquel ambiente no iba mucho con él.

El joven era considerado por quienes le conocían como un tipo serio y de fiar, sensato y voluntarioso, amigo de sus amigos y dispuesto siempre a echar una mano.

Una buena persona, en definitiva.

También, que era más de cafetería que de boíte, de escuchar que de hablar, de hablar que de bailar, de rendir por asedio que de asaltar la muralla y, por supuesto, de sufrir el flechazo que de provocarlo, por eso los amigos decían de él que era un “quedón”, que le gustaban todas, y no andaban descaminados, porque quien nunca ha tenido éxito, quien nunca ha ligado, normal es que se encariñe y esté dispuesto a emparejarse casi con cualquiera que le haga un poco de caso.

De todo esto, María aún no estaba enterada, pero sí de que no era muy simpático, ni animado ni atractivo, al menos para ella, opiniones estas completamente coincidentes con las del propio interesado.

En las discotecas, Juan había conocido a no pocas chicas, y a un buen montón de ellas las habría aceptado para madre de sus hijos, pero, para su pesar, el aprecio que solían llegar a tenerle era el que se siente por un amigo con el que charlar, reírse un poco, o menos, y echar un baile, casi nunca agarrado, y lo mismo, aunque sin el casi, suelto, pero ni hablar de irse con él al “lado oscuro”, para eso siempre elegían a otro prójimo.

Era, pues, un fracaso tras otro, un continuo ir de la esperanza al hoyo y un beber sin parar, y de cuando en cuando surgía de él, irrefrenable, ese aspecto tenebroso de su personalidad, agrio y ofensivo, que todos escondemos, y que, en esa ocasión, le había tocado sufrir a la buena buenísima de María.

De modo que, para acabar con tanta frustración, decidió un día huir de aquellos ambientes.

Y ahora se arrepentía de haber vuelto.

“Juanito, te has vuelto a cubrir de gloria”, ironizaba, aunque lo dicho era lo que sentía, lo que él hubiera querido hacerle a aquel

miserable y a todos los de su calaña: darles la paliza de su vida. Seguro que había formas menos rudas, menos hirientes de exponerlo, pero lo que escuchaba de labios de María lo sintió tan hondo, le enfureció tanto..., que no pudo reprimir su ira.

“¡Qué pena, con lo bien que parecían ir las cosas!”

Era la primera vez que veía a aquella chica, la primera que un bombón semejante le dedicaba su atención durante tanto tiempo, que se había prendado de ella como un imbécil, o sea, como siempre.

“Jamás aprenderé”.

Pero bueno, no había que dejarse arrastrar por el desánimo. Cabía la posibilidad de que no fuera muy rencorosa y le diera la ocasión de aclarar el malentendido el próximo día que se vieran.

Y es que Juanito, además de buena persona, era un tío positivo y resuelto, o sea, de los de nunca cerrarse puertas ni amargarse con antelación y de los de agarrar el toro por los cuernos, respectivamente.

En una ocasión, uno de sus amigos...:

—¡Joder! Tengo que hacer una presentación de cinco minutos sobre... ¡Con lo poco que me gustan esas cosas!

—¿Cuándo te toca?

—No hay orden. Cada día va uno, o sea, que...

—Que te piensas quedar el último —le interrumpió—, bien escondidito, ¿verdad? A ver si se muere el profe, se acaba el mundo..., y te libras del marrón.

—Si es que me pongo muy nervioso y lo paso fatal...

—Y, ¿qué quieres, llevarte ese mal rollo a la cama todas las noches durante..., cuánto? ¿Un mesecito, dos quizás? —y como a la pregunta no siguió respuesta, continuó él—. Estás loco, tío. ¡Hala!, tira para tu casa y, mientras yo me arreó una o dos cervecitas, te preparas algo y me lo sueltas. Y mañana vas el primero. El mal camino, andarlo pronto, que decía mi abuelo.

Y además de buena persona, positiva y resuelta, también, obviamente, tenía sus rarezas.

Era de Letras, de muchas Letras. Cursaba estudios de Historia, por vocación, y aprendía en casa Etimología, por hobby, pasatiempo este nada manco entre los extravagantes, inimaginable para la inmensa mayoría de los mortales, pero que a él le divertía, le instruía, le relajaba y, a diario, le permitía abandonarse en brazos de Morfeo con el alma serena.

Le encantaba ese momento en el que, tumbado en la cama, en medio del silencio y bajo la cálida luz de la pequeña lámpara de noche, abría el viejo diccionario de su padre y desvelaba los secretos de las palabras, sus orígenes y los porqués de sus significados.

¡Qué de sorpresas!

Y la que le esperaba era una noche de máxima dificultad espiritual, de tener en la cabeza un lío de esos que no dejan lugar ni a la menor de las dudas, de modo que, para rebajar la tensión, o al menos intentarlo, tiró del griego *étymos*, verdadero, y *logos*, palabra, o sea, ya saben, de Etimología. Y buscó vocablos relacionados con lo que en el coco le bullía, o sea, con maltratos, miedos y venganzas, y también, claro, con chicas guapísimas y amores correspondidos, logrando así apaciguar su alma, aunque sin conseguir dejar totalmente de lado el desvelo y la preocupación.

Y con semejante mezcolanza se durmió.



Con los brazos cruzados sobre una de las mesas del bar y la cabeza derrumbada sobre ellos, un hombre en la cuarentena, con aspecto desaliñado y barba corrida, pasaba la borrachera.

De cuando en cuando, alzaba la mirada brillante y desenfocada y contemplaba los raudos y serpenteantes regueros que, azotados por una

corriente de aire producida naturalmente en la atmósfera, **o sea**, un viento furioso, surcaban los cristales del establecimiento.

—¡Mujeres que hacen profesión de entregar su cuerpo por dinero al apetito sexual de los hombres...!, **o sea**, ¡Putas...! —balbuceó, al tiempo que agarraba torpemente el vaso de tubo y apuraba los últimos restos de oscuro líquido que contenía.

Una de las veces que alzó la cabeza, un relámpago iluminó la calle y creyó distinguir que alguien, desde fuera, le miraba o le prestaba atención para darse cuenta de cómo es, está, lo que hace..., **o sea**, le observaba. La borrosa visión duró menos de un segundo, lo que tardó en quedar el exterior nuevamente a oscuras, pero le sobresaltó, aunque brevemente, desconfiando enseguida de lo que sus ojos le habían mostrado, atribuyéndolo al tablón que arrastraba.

Y se olvidó.

La tormenta estaba en su momento o situación de mayor grandeza, intensidad o perfección, **o sea**, en su auge: los truenos encogían las almas y los consiguientes relámpagos, como fogonazos, iluminaban de cuando en cuando la noche, el viento azotaba toldos y árboles y auténticos torrentes de agua recorrían el pavimento.

—¡Vaya una manera de caer agua de las nubes, **o sea**, de llover!

El dueño del local, un hombre bajito y regordete, escaso de filamentos de los que cubren la cabeza de las personas, **o sea**, de pelo y cercano ya a la jubilación, se mantenía en un rincón de la barra, entreteniéndose en pasar una y otra vez la bayeta por aquella parte del mostrador y, cada poco, mirar disimuladamente el momento determinado del día, **o sea**, la hora en el reloj del local, mientras renegaba de su mala suerte. Era más de medianoche y no había ni un alma en las calles, ni se las esperaba.

—¡Maldita sea! —gruñó para sí—. De no ser por este mal bicho, ya estaría en casa.

Llegó ya cargadito, con mirada atravesada y sus aires de hombre que se jacta de valiente y provoca a otros o trata de intimidarles, **o sea**,

de matón. Ni se le pasó por la cabeza advertirle de la hora ni de que las ordenanzas le obligaban a tener cerrado ya el bar. A tipos de su condición era mejor no buscarles las cosquillas y tenerlos por “amigos”, porque si les entrabas mal, podías arrepentirte.

El veterano tabernero apenas si se atrevía a posar la vista sobre él.

—¡Pobre mujer! —masculló pensando en la infeliz que sufría sus borracheras y sus ataques de enfado muy violento en que el que lo experimenta grita, se agita y se muestra agresivo, **o sea**, de ira—. “Esta noche le espera una buena”.

Y, entonces, decidió servirle los restos de tortilla de patatas que habían sobrado, pensando en que algo sólido le sentaría bien y, quizás, atenuaría su agresividad.

*Pero lo que hizo fue prepararle un trago grande de bebida alcohólica, **o sea**, un lingotazo de brandi Terry, de 38º, sin hielo y con apenas un dedo de cola.*

“A ver si entras en coma, cabrón, y lo celebramos todos”, iba pensando de regreso a la barra, una vez hubo depositado el cubata en la mesa del tipejo.

*Era de dominio público que abusaba de su mujer y la maltrataba, lo hacía con todo el mundo, pero nadie se atrevía a denunciarlo, y ella menos, porque su familia entera estaba amenazada de cesación o término de la vida, **o sea**, de muerte.*

*Ir a la cárcel no le amedrentaba, ya la conocía y no le preocupaba excesivamente volver a ella. Era un tipo peligroso, de modo que mejor callarse y dirigir a Dios o a personas santas oraciones de contenido religioso, **o sea**, rezar para que un día se tropezara con la horma de su zapato.*

No había hecho más que retornar a la barra, cuando, al girarse, observó como el tipo, apoyándose en la mesa con ambas manos, se incorporaba, tomaba el vaso, apuraba de un solo trago la mezcla y, tras resoplar y tomarse unos segundos para recobrar un mínimo de control sobre los sentidos, abandonaba el bar sin pagar ni despedirse.

Una fría ráfaga de viento cargada de humedad le recibió al abrir la puerta y le hizo cagarse en su vida.

*Durante un instante, observó la oscura y solitaria calle, y la violencia de la lluvia le hizo dudar si volver a entrar, pero, finalmente, tras meter las manos en los bolsillos de su chamarra, se encogió sobre sí mismo y, con pasos rápidos e inseguros, puso rumbo a su casa, sin cuidarse de eludir la impetuosa riada que anegaba la estrecha y deteriorada orilla pavimentada algo más alta que el piso de la calle, destinada al paso de peatones, **o sea**, acera.*

*Preocupado únicamente de hurtar el máximo de su cuerpo al aguacero, casi tropieza con un bulto informe instalado bajo el saliente de uno de los edificios, lo que le hizo pararse en seco. El obstáculo era un ciudadano de los que viven habitualmente pidiendo limosna, **o sea**, un mendigo que, encogido y medio cubierto con una manta, trataba de protegerse de la tormenta.*

Su primer impulso fue patearle, pero se contuvo. “La gente que vive en la calle puede ser peligrosa”, se dijo.

*No decidido todavía a dejar pasar la afrenta de obligarle a desviarse de su camino y abandonar la protección de la cornisa, trató de enfocar la fisonomía del indigente, por ver si su edad y corpulencia le permitían finalmente darle una buena patada sin correr riesgo, pero la borrachera, la lluvia que le chorreaba y la oscuridad se lo impidieron, de modo que, tragándose su cólera, profirió expresiones injuriosas contra Dios o las cosas sagradas, **o sea**, blasfemó y se dispuso a sortear al hijo de puta aquel.*

*—¡Hola compañero! —le habló el bulto con voz gangosa, sacando una mano y dándole un largo trago a la botella de licor alcohólico que se obtiene del grano de algunas plantas destilando un compuesto amiláceo, que contiene almidón, en estado de fermentación, **o sea**, de güisqui que tenía.*

*El matón vio la botella, distinguió su marca, y sus ojos expresaron con la mirada la ilusión de que algo deseado va a suceder pronto, **o sea**, chiribitas le hicieron.*

—¿De dónde has sacado esa preciosidad, amigo? —preguntó con voz de pasado de alcohol.

—Ja, ja, ja. Te gusta mi “chica”, ¿eh? Vamos, siéntate aquí y dale un repasito.

—Eso está hecho —le dijo, al tiempo que se acuclillaba a su lado, bajo el resalte—. Trae.

Y, mientras empinaba el codo, con desenfocada mirada escudriñó la penumbra. El tipo parecía joven y metido en carnes. No tenía el aspecto propio de los sin techo. “Será algún tonto del miembro de la copulación en el hombre y en los animales superiores, **o sea**, del pene, **o sea**, de la polla, **o sea**, algún gilipollas fugado de casa de papá”, pensó.

—¡Joder, otro trago como ese y se acaba la fiesta! No tengas tanta prisa, hombre, que queda mucha noche —le instó el bulto.

—Lo siento, amigo, pero yo me largo —repuso el interpelado recordando no sin dificultad la verticalidad, de tal modo que hubo de andar hacia atrás, **o sea**, de recular un par de pasos para equilibrarse, quedando, pues, fuera de la protección del saliente y expuesto al diluvio—. Y ésta se viene conmigo —añadió alzando levemente la botella de güisqui—. ¿Algún problema?

—¡De eso nada! Tú, lárgate si quieres, pero esa se queda.

—¡A qué no! —le desafió a duelo o pelea, o a competir en cualquier terreno, **o sea**, retó el matón.

—¡A qué sí! —pero una patada en el mentón le dejó momentáneamente K.O., frustrando su intento de ponerse en pie y pelear.

Su mal estado y la violencia del golpe hicieron al agresor perder la situación de un cuerpo que se sostiene sin caerse, a pesar de tener poca base de sustentación, **o sea**, el equilibrio y caer con gran estrépito, precisamente sobre la botella que sostenía, quebrándola.

—¡Me cago en Dios! —blasfemó al sentir y ver que varios trozos de vidrio le habían herido en mano y muñeca y la sangre empezaba a manar de las heridas de forma alarmante.

El pánico barrió súbitamente de su cabeza todo signo de ebriedad y fue rápidamente de un sitio a otro con pasos largos que son saltos, pues se levanta el pie del suelo antes de haber apoyado el otro, o sea, echó a correr calle arriba con ojos desorbitados.

El joven menesteroso, que se había hecho el desfallecido para evitar más golpes, le vio marchar con semblante casi triunfal.

—¡Ahí te desangres, hombre a quien su mujer es infiel, particularmente cuando lo consiente, o sea, cabrón!



Sábado, 3 de abril.

Juan amaneció de muy buen humor esa mañana —bueno, no tan de mañana, de hecho, su señora madre le había recibido en la cocina con un irónico: “Buenas tardes”, además de otras lindezas que ahora no vienen a cuento—. Siempre le ocurría después de uno de esos sueños. Era como ser el protagonista de una película de la que hubiera escrito su guión.

¿A quién no le resultaría estimulante jugar a ser Dios?

Pues eso.

No sabía si era una extrañeza, un poder o qué; tampoco si le ocurría a poca o a mucha gente, pero el caso era que él, en ocasiones, raras ocasiones, dicho sea de paso, cuando soñaba, sabía que lo hacía y, claro, en esos sueños disfrutaba una barbaridad porque era capaz de estar dónde y con quién quería, vencer o apalear a rivales o enemigos, rendir a cuantas beldades deseara..., en fin, hacer su santa voluntad sin sujeción a norma alguna. Hasta volar podía.

¡Era la hostia!

Pero había un puñetero inconveniente: no controlaba ese modo de soñar. Podía ocurrirle durante varios días seguidos o pasarse meses sin disfrutarlo. Estaba convencido de que en algún lugar de su cerebro había alguna anomalía, una especie de interruptor que activaba el procedimiento, que lo ponía en marcha, pero sin saber qué demonios era.

El tener un buen lío en la cabeza y darle mil vueltas hasta encontrar la mejor solución, la más acorde a sus fantasías, parecía ser un factor necesario, pero no siempre que había problema había sueño “consciente”, de modo que, sólo eso, no valía.

La clave tenía que estar en él mismo, de eso estaba seguro, en algo que hacía o no hacía, que sentía o no sentía... , pero, ¿qué?

Lo que estaba comprobado, y fue un descubrimiento verdaderamente desconcertante y turbador, era que, en alguna ocasión, después de un sueño de esos, en el que había ajustado, y bien, las cuentas a alguien especialmente odiado en ese momento, al cabo de unos días había visto u oído que esa persona había recibido un duro escarmiento, a veces hasta en forma similar al soñado. Pero, claro, en otras no. Por ejemplo, el total sometimiento que mostraban a sus deseos las chicas en sus quimeras, nunca le aconteció en la vida real, lo cual, siguiendo un proceso deductivo, le daba que pensar si no habría alguien por ahí que se estuviera beneficiando de sus “conquistas”.

En ocasiones ocurría al revés y se topaba con situaciones que sentía ya haber vivido, soñado, se suponía, lo que también resultaba desasosegante.

Otra variante aconteció una madrugada en que seis o siete de sus amigos se subieron a la “furgona” de reparto de la familia de uno de ellos, dedicada al ramo pastelero, y se fueron a dar curvas a la Dehesa de la Villa, que estaba cerca de casa y las tenía muy “entretenidas”, ya que la carreterita circulaba entre árboles y barrancos

y carecía de protecciones laterales. Tras varios derrapes y cruces en mitad de la calzada, enfilaron hacia el centro urbano y no tardaron mucho en colisionar, por alcance, con otro vehículo, lo cual tuvo también bemoles, porque a esas horas debían de ser los dos únicos coches que andaban circulando por el distrito.

El caso es que, a consecuencia del frenazo, el diáfano habitáculo trasero del particular “autobús” se convirtió en un caótico revoltijo de cuerpos blasfemantes, uno de los cuales había volado hasta golpear con la cabeza en la luna delantera. La frente de la aeronave humana, llamada Rafael, era toda ella un inmenso chichón.

Pues bien, Juanito no fue esa noche de la partida, pero, qué coincidencia, sí soñó que tenía un accidente de tráfico y se mataba.

Entonces, fue y se preguntó: “¿Qué habría ocurrido de haber estado con ellos en la furgoneta? ¿Hubiese muerto, quizás?”.

Y, pasado un rato, se contestó: “Pues, quizás, pero no hubiera sido entonces como consecuencia del sueño, porque si estás de cachondeo con los amigos no lo hubiera habido”.

No obstante, no acabaron ahí sus elucubraciones, qué va, ya que, enseguida, otra angustiada duda le embargó:

Su sueño, ¿fue previo o posterior al accidente?

Pregunta nada banal, dados sus antecedentes de sueños premonitorios, cuya respuesta tan sólo Dios conocía, lo que no le impidió estar divagando durante largo rato, y además muy intensamente, ya que, de haber sido anterior:

“Joderrr, tal vez lo he provocado yo”.

Mientras que si fue posterior:

“Joderrr, el puto Pablo y sus putos despistes circulatorios”.

Y, claro, no es lo mismo.

Sea lo que fuere, a todo esto algunos le llamaban casualidades de la vida, y no se podía demostrar lo contrario, aunque Juan prefería creer en alguna suerte de telepatía o extraña conexión emocional

o radioeléctrica con no se sabe qué o quién, que percibía sus deseos y, a veces, los cumplía o se los concedía a otros.

En fin: pensaba que tenía un poder, pero no sabía dominarlo.

Este era su mayor secreto y deseaba conservarlo impoluto, límpido, libre de todo manoseo, burla o contaminación, por eso a nadie se lo había contado. No quería que le quitaran la ilusión de poseer un gran don.

Lo que sí ansiaba era que llegara el viernes para ver a María y observar su reacción, porque, ¿y si el hijoputa de su tío hubiera sufrido algún percance? ¿Qué pensaría ella?

¡Qué ganas de volver a verla!



*Domingo, 4 de abril.
Por la mañana.*

María y Marta no vivían en el mismo edificio, como sí les ocurría a casi todos los del grupo de amigos de la disco, pero andaban cerca, y tampoco eran amigas desde niñas. Su amistad se había ido fraguando durante los dos años de Bachillerato que cursaron en un santo y prestigioso colegio ubicado al otro lado del Paseo de la Castellana.

María era rubia, como ya saben, de larga, suelta y graciosamente rizada cabellera, mientras que Marta paseaba una media melena lisa de color negro, negrísimo; ojos verdes, verdísimos, lucía la primera, y azul oscuro la morena; sus miradas competían en viveza, picardía y expresividad; ambas eran agraciadas y casi esbeltas, o sea, delgadas y bien proporcionadas, pero algo faltas de altura, menos carente la güera.

Diecinueve años llevaban en el mundo regalando al personal sonrisas y sobresaltos.

Esa mañana, minutos antes del mediodía, o sea, intempestivamente temprano —recordemos que es domingo—, la primera, muy nerviosa, llamó por teléfono a la segunda, que dormía plácidamente, instándola a arreglarse y a quedar en su “bareto” favorito, al lado del cole, para tomar el “aperitivo”, textual. Tenía que contarle algo que no admitía demora.

—Si no admite demora, cuéntamelo y sigo sobando —sugirió la morena cargada de razón.

—Pues no, porque sí que admite, pero poca, unos 30 minutos, de modo que espabila.

Treinta y tres minutos después:

—¡Notición! Nos ha llamado mi tía... —le dijo la rubia a la recién amanecida.

—¿Qué tía? —preguntó la citada, todavía lenta de reflejos por lo pronto de la hora.

—¡Qué tía va a ser, mi tía Elvira, la mujer del hijo de puta de...! —repuso secamente la de la intempestiva llamada con evidente impaciencia.

—Vale, vale..., ya lo he pillado. Pero tampoco hay que ponerse así porque...

—¡Calla!, y escucha lo que ha pasado esta noche. Increíble, tú:

“Pasaban treinta y cinco minutos de las doce cuando, desde sus respectivas alcobas, mi tía y mi abuela oyeron el forcejeo de las llaves en la cerradura y empezaron a temblar. El portazo y las voces que siguieron fueron más violentos de lo habitual, lo que hizo que, instintivamente, mi tía se arrebujara bajo la manta llorando de miedo, buscando alguna protección contra la inminente agresión.

Sangrando cuan cerdo en día de matanza, el ídem, entró en el dormitorio como un ciclón.

—¡Despierta, hija de puta, que me estoy desangrando! ¡Mira! —gritó fuera de sí—. ¡Haz algo, cabrona!

Acostumbrada a no hacer preguntas y obedecer al instante para no acrecentar la cólera del indeseable de su esposo, la pobre brincó de la cama, encendió la luz y, tras un rápido vistazo, ya sabes que es enfermera, se hizo cargo de la situación, haciéndole alzar el brazo herido y llevándoselo al cuarto de baño. La pérdida de sangre era importante y no había ni un segundo que perder.

En el camino, golpeó con fuerza la puerta del otro dormitorio de la casa:

—¡Madre —gritó en tono apremiante—, llame a emergencias del hospital y pida una ambulancia! ¡O a la Policía! ¡Deprisa!

Una vez que mi tía supo que se había cortado con una botella, lo que desaconsejaba presionar sobre la herida por el riesgo de que algún fragmento de vidrio continuara todavía incrustado en la carne, decidió, para tratar de detener la hemorragia, rodear y oprimir con su mano la sangrante muñeca ligeramente por encima de los cortes, lo que redujo rápidamente el flujo vital”.

La verdad es que este último párrafo, enterito, se lo podía haber ahorrado María perfectamente, porque son detalles técnicos que añaden muy poco al relato y, sin embargo, le hacen perder mucho ritmo, pero la rubia era de las que le gustaba adornarse y, a veces, daba más explicaciones de las necesarias.

“—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha hecho ese malnacido? —chillaba mi abuela, enloquecida, al ver el reguero de sangre por el suelo del pasillo.

Cuando llegó al cuarto de baño, blandía un cuchillo de aserrada hoja, con el que siempre dormía, dispuesta a todo.

Al contemplar la escena, se quedó atónita, incapaz de pronunciar palabra, aunque no bajó el brazo armado.

—¡Llame a la Policía y pida una ambulancia! —le gritó de nuevo su hija sin dejar de atender la herida, pero, al no haber reacción materna, alzó la vista un momento y en los envejecidos ojos de mi abuela percibió la sombra de la duda: “Deja que se desangre”, parecía decirle—. ¡Madre, pida ayuda! ¡Rápido!”

Desde aquí hasta el final, el relato lo hila ella solita, o sea, María, en consonancia con algunos comentarios sueltos de sus dos familiares y con cómo acabó la película, ya que ni su tía ni su abuela eran adivinas y no podían saber lo que le pasaba al hijoputa por la cabeza. Y en verdad que le quedó muy bien y, seguramente, no anduvo lejos de lo que en verdad ocurrió.

Dicho esto, entrecomillo, o sea, María habla nuevamente:

“A su marcha, la de mi abuela, siguió un prolongado silencio durante el cual el cobarde de mierda escuchó su propio terror en forma de embates de corazón, profuso sudor y jadeante resuello.

Dócil, veía hacer a su mujer, de cuyo semblante había desaparecido todo rastro de miedo, y lo hacía fascinado, como si fuera la primera vez que lo hacía. Se sabía en sus manos y, cuando sus miradas se encontraban, en la de ella descubría fortaleza y resolución, absoluta resolución. Si hubiera podido contemplar la suya seguro que también se habría sorprendido, porque, tras el pánico, empezaban a asomar la vergüenza y el agradecimiento.

La llegada de la ambulancia, el traslado al hospital, las carreras por los pasillos, las cegadoras luces, la entrada en el quirófano y demás imágenes pasaron vertiginosas y difusas ante sus aterrados ojos. Nunca se había sentido tan indefenso, nunca antes había pasado tanto miedo.

Y, por increíble que parezca, por encima de toda esa zozobra, en algún rincón de su obnubilada mente —la del hijoputa, no se olviden—, quedaron grabadas unas palabras que ya nunca borrará de su memoria y que sólo Dios sabría dónde las oiría: “La mujer te ha salvado la vida”.

Frase que allí quedará para siempre, porque era la puta verdad y porque, quizás, fuese suya, de aquella parte de sí mismo que parecía muerta y que ahora se las “gritaba” a su “yo” miserable.

Y a su mujer la veía cada vez más grande, más admirable, y se juró a sí mismo dedicar el resto de sus días a compensarla por tanto dolor y sufrimiento como le había causado”.



Domingo, 4 de abril.

Ese día, casi enterito, el ánimo de Juan estuvo centrado en asuntos más placenteros, o sea, única y exclusivamente en María, no en sus maltratadas parientes, fluctuando entre la esperanza de recuperar su atención y el temor a que ni siquiera le mirara. Y fluctuando, fluctuando, se hizo de noche y llegó la hora de la cena, con tan mala suerte que, en ese momento, con el maldito lunes ya asomando y la moral decayendo, el desaliento ganaba por goleada y los dos platos y postre de costumbre peligraron por primera vez en ni se sabe el tiempo.

Pero, entonces, un conocido y tentador olorcillo procedente de la cocina le hizo salivar.

“¡Bah! Me arreglaré sólo con el segundo plato, o sea, con los tres huevos fritos”, pensó, obviando que, en su casa, los susodichos venían con crujientes patatitas y pan de hogaza de serie.

Y resultó que, cuando el plato quedó limpio, pero limpio, limpio, la esperanza había empezado a remontar.

Con la moral *in crescendo*, Juan pasó al ataque y se sirvió el primer plato: tazón de sopa de cocido, con sus fideítos, sus trocitos de jamoncito y choricito y algunos garbancitos, y, ¡hostias!, aquello ya era otra

cosa. La complaciente expresión que mostraba cuando se lo liquidó indicaba bien a las claras que el dominador del juego había cambiado.

Finalmente, las tortitas con chocolate le dieron la puntilla al desánimo y al temor, que desaparecieron del campo, o sea, del pensamiento del crack.

Esa noche, pues, su repaso etimológico giró en torno a conquistas y placeres, sin rastro de miedos, desafíos ni venganzas, y sin hijoputas a la vista.

Y los mismos fantasmas que sorprendieron su sueño dos noches antes, convocados ahora por sus deseos de volver a ver a María, aclararle el malentendido y un montón de cosas más, regresaron.

Pero antes de atraparle, un postrero y recio eructo contribuyó a aliviar sus colmadas tripas de algunos gases, trayéndole gustillos de garbanzos y chorizos, y haciéndole sonreír.

¡Qué distintas se ven las cosas con el estómago lleno!



La discoteca celebraba una fiesta y estaba especialmente animada esa noche.

*La sucesión de sonidos compuesta, según ciertas reglas, de modo que resulta grata al oído, **o sea**, música, las luces, el bullicio, el incesante ir y venir de la gente... Ni a gritos conseguíamos entendernos.*

*En la pista no se cabía, incluso nuestro santuario se había convertido en lugar de paso del personal, que caminaba entre sofás y mesas. Era peor que sábados y días de la semana dedicados al descanso y al culto divino, que son festivos para el cristianismo y, en general, en el mundo occidental, **o sea**, domingos, días que evitábamos como a la peste, cuando “nuestra” disco se llenaba de gente extraña, vocinglera e incivil.*

De los amigos, yo era quien peor lo llevaba y se me notaba. Parecía un elefante enjaulado, restringido a un rinconcito de un sofá perdido en

medio de la gran vorágine, lanzando a mi alrededor incesantes y nerviosas miradas, que tanto eran de desafío como de socorro, los mismos mensajes que había descubierto en los órganos de la vista, **o sea**, en los ojos de María.

Tras el último intercambio de miradas, me decidí a escapar de la jaula, tomé el vaso, me abrí paso con determinación entre amigos e invasores y, sin mediar palabra, tendí mi mano libre a María, que la tomó sin dudarle, agradeciéndome el rescate haciendo con los músculos de la cara un gesto como el que se hace para reír, pero sin emitir ningún sonido, **o sea**, con una sonrisa.

En aquel maremagno, únicamente existía un lugar o ambiente de reposo y de bienestar en medio de otro que no lo es, **o sea**, un oasis, y a él la conduje, tomando ambos asiento entre otras dos parejas en actitud cariñosa que allí se habían dado cita.

El “lado oscuro” estaba sorprendentemente tranquilo a nuestra llegada. Allí, la música llegaba lejana e invitaba a la confianza estrecha, a la comunicación reservada o en secreto, **o sea**, a la confidencia y a la intimidad.

—¡Qué descanso! Aquí se puede hablar —dije y después dejé escapar un “¡uf!” de alivio.

—¡Uf! ¡Y hasta respirar! —añadió ella, riendo el hecho de que nuestros “¡uf!” hubiesen coincidido.

Permanecí más de un instante cautivo del bello rostro de María.

—Bueno, en fin, quería... —dije, al tiempo que apartaba mis ojos de ella y le daba un buen tiento al cubata—..., disculparme por lo de la otra noche. He estado toda la serie de siete días naturales consecutivos, **o sea**, la semana preocupado, deseando verte y explicarte..., que no soy ningún egoísta insensible. Un animal de bellota, sí —el rostro de María parecía el de una efigie griega, esto es, inmutable, sin la menor concesión—. Te juro que lo que me contaste me llegó al alma, a sentir como propia tu desesperación, por eso mis palabras fueron las que fueron,

tajantes y duras, expresivas de mi estado de ánimo, de lo que yo le haría a esa persona del sexo masculino con respecto a su madre, cuando es una mujer que hace profesión de entregar su cuerpo por dinero, o sea, a ese hijo de puta si le pillara.

La chica no movía ni un músculo y se mostraba atentísima.

—Pero he de serte sincero, mi principal preocupación, y ahora sí que podrías llamarme egoísta, no era por tu problema familiar, sino por tu enfado final conmigo, eso es lo que más me ha tenido... lo que más deseaba aclarar, y...

—Yo también estaba deseosa de verte —intervino ella haciéndome callar, colocando su índice derecho sobre cada uno de los bordes carnosos que forman la abertura de la boca, o sea, mis labios y mirándome con una intensidad que me estremeció—. No hay nada que aclarar, Juan, acaso mi tonto comportamiento. Tú tenías razón, a esos miserables hay que aplicarles su propia medicina. Soy yo quien tiene que disculparse... Sí, no pongas esa cara, has estado muy preocupado por mi culpa y eso no..., hasta que me lo perdones no...

—¡Perdonada! —sonreí.

—No, no, así no me vale, tengo que compensarte.

—Vale, pero no se me ocurre cómo —dije o manifesté lo contrario de lo que sabía, creía o pensaba, o sea, mentí.

—¡Qué poca facilidad para formar nuevas ideas, nuevos proyectos, etc., o sea, imaginación! —y acercando, muy lenta y aún más tentadoramente, su rostro al mío, me regaló un largo, profundo, gratisísimo beso en los mismos bordes carnosos de antes, esos que forman la abertura de mi boca.

No podía creer lo que me estaba pasando, y no me detuve a analizarlo. Sentía que mis miedos se habían evaporado, que era feliz y, como no sabía lo que aquello duraría, decidí aprovechar el momento y empecé por no poner freno, en sentido propio o figurado, o sea, por dar rienda suelta, en este caso en sentido muy propio, a mis dos manazas, alcanzando el colmo de la dicha al comprobar que los diez dedos de María corrían

libres por mi cuerpo, y también en sentido fantásticamente propio, vamos, descaradamente explorador, incluso sometiendo a una zona a un examen detenido en busca de algo o de alguien, o sea, rastreador a tope.



*Lunes, 5 de abril.
Por la mañana.*

Estos sueños eran los más cojonudos, lo malo es que siempre acababan igual, o sea, en lo mejor, con el bueno de Juan saliendo de estampida hacia el cuarto de baño para evitar manchar las sábanas, ya que el personaje tenía por costumbre dormir como Dios le trajo al mundo.

Pero qué importaba eso ahora, había algo que hacer esa mañana, algo verdaderamente transcendental, porque el hecho de haber disfrutado de dos noches casi seguidas de sueños “conscientes” no recordaba que le hubiera sucedido en los últimos tiempos y era preciso, vital, analizar las circunstancias que pudieran haber provocado semejante fenómeno. Y ello, a pesar de saber que el esfuerzo sería, como siempre, inútil. Pero no podía dejar de hacerlo, al burro alguna vez podía sonarle la flauta.

Y empezó con buen ánimo.

Los dos ingredientes principales del cóctel se los sabía:

Lo primero que necesitaba era un problema o un deseo, que podían ser suyos o no, gordos o no, aunque suponía que cuanto más suyos y más gordos mejor sería. Aunque esto tampoco era exactamente así —ya empezamos—, porque, según sus anotaciones, alguna vez había sucedido la anormalidad espontáneamente, o sea, sin haberse comido el tarro con nada en especial, pero bueno...